

nio para la Licaonia; Filomelio para la Isauria; Perga para la Panfilia; Laodicea, cuya jurisdicción comprendía veinticinco ciudades; Apamea quince y Síada veintiuna.

El vasto país comprendido entre el monte Amanó, al Norte, y el desierto de Arabia al Sur, vino á formar la nueva provincia de Siria; pero comprendía en sus términos muchos pueblos, dinastas y ciudades, que á la caída de los Seleucidas y después de la derrota de Tigranes, se habían creído independientes, para que Roma hiciera otra cosa en esta región que tomar los derechos de dominio eminente, sin tocar á las libertades locales. Dejó grandes privilegios á aquellas poblaciones, cuyo afecto le era necesario en tan lejana frontera, que de un día á otro podía verse amenazada.

Después de la parte del pueblo soberano, la de los reyes clientes ó protegidos: en recompensa de su parricidio, Far-

naces conservó el Bósforo y compartió con Castor de Fanagoria el título y privilegios de amigo y aliado del pueblo romano.

El tetarca de los tolistoboyos, en la Galacia, Deyotaro, se había portado con tanta fidelidad como bravura, y en premio de su buena correspondencia, le dió Pompeyo para sus ganados muy buenos prados entre el Halis y el Iris y en las cercanías de las ricas ciudades de Farnacia y de Trapezunta (Trebizonda); y añadió la pequeña Armenia, región montuosa y pobre, pero donde el tetarca iba á hacer, en interés de Roma, un servicio de vigilancia en la frontera de la grande Armenia.

Brogitaro, su yerno, recibió la fortaleza de *Mitridacio* con un territorio que se extendía á lo largo del límite común del Ponto y de la Galacia (1).

El hijo del vencido de Queronea, Arquelao, fué nombra-



Bósforo Cimerio. Corona de laurel, de oro (2)

do sumo sacerdote de la Comana. Ya hemos dicho la parte que se dió á Atalo en la Paflagonia.

Ariobarzanes había recobrado la Capadocia y Pompeyo le dió encima la Sofena que lo hizo dueño de los pasos del Eufrates. La Gordiena, más al Este, quedaba para Tigranes.

El Selécida Antíoco conservó la Comágena, pequeña provincia, en que los romanos tenían necesidad de un vasallo dócil, por cuanto esta provincia unía la Capadocia á la Siria y dominaba los pasos del Eufrates.

A la orilla izquierda del gran río, el emir de Osroena, Abgar, había aceptado también el carácter de cliente del imperio romano.

Con esto, todas las avenidas del Asia Menor por el alto Eufrates estaban bien guardadas.

Todos estos dinastas seguían siendo sospechosos, aun dándoles recompensa y todo; pero no sucedía lo mismo con las ciudades. Roma estaba encariñada con el régimen municipal, y favorecer las ciudades asiáticas pareció á su procónsul un acto de buena política en aquellos países de la servidumbre. Pompeyo fundó ó repobló hasta treinta y nueve ciudades, cuya situación fué tan bien elegida que todavía subsisten algunas. Declaró libres á la gran ciudad de Antioquía, á orillas del Oronte, y cerca de ella, á Seleucia, que había rechazado enérgicamente todos los ataques de Tigranes; á Gaza en la costa de la Palestina; á Fanagoria

en el Euxino y á Mitilene en el mar Egeo. Cícico, que tan bravamente había resistido y aun rechazado los impetus de Mitridates, recibió en recompensa un vasto territorio, y Heraclea del Ponto, Sínope y Amisos, á pesar de su resistencia á los romanos, fueron levantadas de sus ruinas.

Asistido de los comisarios del senado, Pompeyo escri-



Moneda de Apamea (3)

bió la fórmula de las nuevas provincias, Ponto y Bitinia, Siria, Cilicia; y lo hizo con tal prudencia, discreción y maestría, que dos siglos después, estaban todavía en observancia sus reglamentos. Jamás ningún vencedor había he-

(1) Los ríos Meandro y Marsias, á cuyas orillas estaba edificada Apamea, recostada por debajo de la Diana de Efeso. La cabeza de la diosa está coronada por su mismo templo y tiene dos ciervas á su lado. La inscripción debe leerse así: Publio Aurelio Bacayo, presidente de la fiesta de los apameos; el Meandro y el Marsias. Moneda de Apamea.

(1) Strabón XII, 367.

(2) Esta corona, de ejecución magnífica, está tomada de las *Ant. del Bósforo Cimerio*, p. V, núm. 3.

cho olvidar sus victorias con más beneficios y no se podría admirar demasiado aquel genio de gobierno que preveía tan de lejos las necesidades de los súbditos y las necesidades del imperio. Desde el Euxino hasta el mar Rojo, toda el Asia anterior estaba reconstituida, sin que se la hubiera sometido á aquella uniformidad de administración que provoca las resistencias, porque se opone á las costumbres. Ciudades súbditas de todos los grados, príncipes vasallos, libres repúblicas, todas las formas políticas subsistían en aquel continente y se hacían equilibrio. El reino del Ponto, tanto tiempo amenazador, no existía ya, y la Armenia,

caída del alto rango á que había subido un instante, no era ya más que una barrera contra el grande imperio oriental, el de los partos, que Roma dejaba en pie, porque no podía alcanzarlo.

Habiendo ido á aquel continente después de Sila y de Láculo, no había tenido Pompeyo que dar grandes golpes de mano; pero organizó allí la dominación romana, fijó los límites que el imperio no pudo nunca salvar y de buen grado lo dejaremos preciarse, ostentando su púrpura triunfal, de haber acabado la larga elaboración de la grandeza romana.

CAPITULO LI

IMPOTENCIA DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA

I. — TURBULENCIAS INTERIORES — PRINCIPIOS DE CÉSAR.

En tiempo de Sila, consultados los arúspices toscanos sobre ciertos prodigios, hubieron de contestar que se acercaba una nueva edad del mundo, y que iba á cambiar la forma del universo. No era necesario saber leer en el cielo para ver que en la tierra se preparaba una revolución.

En el espacio de sesenta años se habían hecho dos tentativas en sentido contrario para reconstituir la república, una teniendo en cuenta los intereses populares, otra en favor de los intereses aristocráticos. La primera fracasó porque los Gracos hubieron de confiar demasiado en aquella turba de libertos que habían reemplazado al antiguo pueblo romano; la segunda pareció un momento haber triunfado, porque Sila se sirvió de la única fuerza que quedaba en Roma: la nobleza; pero esta nobleza, que habría podido gobernar el mundo, si hubiera sabido gobernarse á sí misma, se encontró incapaz de conservar el imperio, y Pompeyo le quitó, para recompensar los aplausos populares, parte de lo que Sila le había dado. Era otra restauración indirecta del pasado, un retroceso á los tiempos de Sulpicio y Saturnino, sin más garantías contra el espíritu de facción; era la guerra llevada al Foro: y muy luego estalló. El consulado de Pisón, el año 67, puede contarse entre los que hubo en los peores días de la república.

Un antiguo cuestor de Pompeyo, C. Cornelio, era á la sazón tribuno, y quiso reprimir los préstamos usurarios con que los nobles arruinaban las provincias é impedir que algunos senadores venales dispensaran, en nombre de sus colegas, de la observancia de una ley. Pisón combatió la rogación del tribuno, y murmurando el pueblo, mandó prender á muchos revoltosos; pero la multitud acometió á los lictores, les rompió las fasces y obligó al cónsul á huir del Foro bajo una granizada de piedras. Como su patrono, Cornelio no era un demagogo, y así, despidiendo la asamblea, modificó su proyecto: para sancionar un senadoconsulto que haya de dispensar de la observancia de una ley, será menester la presencia de doscientos miembros á lo menos. Procuró también extender el crimen de fraude electoral á los que hubieran prestado ayuda al candidato incriminado, y formuló contra ellos severas penas.

Pisón, á quien tan mal había salido la violencia, se valió ahora de la astucia: apoderóse de esta ley, á fin de que el tribuno no se llevara el honor que de ella resultara, y á pretexto de que con penas severas no se encontrarían acusadores ni jueces, sólo pidió para los culpables la expul-

sión del senado, la interdicción de los cargos y una multa. También esta vez lo obligó á huir del Foro otro tumulto; pero llamó á sus amigos, volvió con fuerza é hizo pasar la ley.

Apenas salió de cargo Cornelio, cuando los dos comicios lo acusaron de crimen de lesa majestad por no haber tenido en cuenta el veto de sus colegas; pero Manilio, agente de Pompeyo, á la cabeza de una fuerza armada los amenazó de muerte, y huyeron, bajo la protección de los cónsules, á una casa, de la que salieron de noche por los tejados (66).

Así, pues, las luchas á mano armada volvían á empezar: en otro tiempo Licinio Macer acusaba de despotismo al senado; ahora son los cónsules los que echan en cara á los tribunos sus violencias: nobles y pueblo estaban pues igualmente convencidos de su impotencia para gobernar, y no había ya que hacer más que una prueba: la monarquía.

Tres hombres tendían á esta solución: Pompeyo, á la manera de Pericles, por las leyes mismas de su país; Catilina, como los Dionisios y Agátocles, por las conspiraciones y la soldadesca; César, á la manera de Alejandro, por irresistibles seducciones y el ascendiente de su genio. Entre estos tres hombres, vino á ponerse otro que, mejor que su tiempo, creía en la virtud, en el poder de la razón, y no se resignaba á la triste convicción de que no pudiera salvarse la libertad. Cicerón, como Druso, buscaba la salvación de la república, no en la dominación exclusiva de una clase de ciudadanos, sino en la conciliación de todos los órdenes: con uno se traía el despotismo; con dos, la guerra; con tres, la armonía, la paz. Cicerón había contribuido ya á que se devolvieran las judicaturas á los caballeros, y trabajaba en poner de parte de ellos la pública opinión ensalzando en todos sus discursos su imparcialidad y sus servicios. Hubiera querido encadenar á Pompeyo á su causa, y como había comprendido de qué naturaleza era su ambición no había perdonado medio para favorecerla. Fuera de esto, como hombre nuevo, Cicerón necesitaba el apoyo de Pompeyo para hacerse valer: su ambición personal estaba así de acuerdo con lo que él creía ser el interés público.

Otro personaje lisonjeaba también á Pompeyo, y á la sombra de este nombre entonces tan valioso, se hacía lugar en el Estado. Conocemos á Julio César: su influencia en Roma era ya mucha, y no la debía ni á los cargos que había ejercido, pues sólo era pontífice; ni á sus hazañas, pues aun no había mandado; ni á su elocuencia, bien que ya

fuera ventajosamente conocido en el foro. El pueblo ponía sus esperanzas en aquel yerno de Cinna, en aquel sobrino de Mario, originario de la más noble de las familias patricias, y se dejaba subyugar por el encanto derramado en toda la persona del descendiente de Venus y de Anquises (1). Su carácter y sus maneras tenían una seducción, que otro dominador ha poseído también; pero en César se unía á una elegancia natural que Napoleón no pudo nunca adquirir. Y es que el uno era á su pesar el representante de una joven y ruda democracia; el otro, el heredero de una antigua nobleza, un gran señor extraviado en medio del pueblo (2).

Hay que decir también que el futuro dueño del mundo no fué al principio más que el rey de la moda: los más elegantes desesperaban de llevar la toga como él (3), y las mujeres no podían resistirle. Magnífico y pródigo, como si hubiera contado con las riquezas del mundo, tiraba el oro, menos para sus placeres, que para sus amigos, para el pueblo, al que convidaba á espléndidas fiestas.



Cicerón (4)

Cicerón, demasiado artista para juzgar bien á los hombres, Cicerón que creyó en el arrepentimiento de Catilina, como después en el desinterés de Octavio, se dejó engañar por aquella frivolidad aparente. «Cuando lo veo tan rizado, decía, temiendo descomponerse la cabellera con la punta del dedo, me tranquilizo: un hombre así no puede pensar en trastornar el Estado.»

Menos confiado habría sido Cicerón, si hubiera recordado aquel viaje al Asia (76) durante el cual, habiendo caído César en manos de los piratas, admiró, dominó á aquellos bandidos sólo con su altivez, obligándolos á escucharlo, á servirlo y amenazándoles con la cruz, cautivo y todo como estaba. Habíanle exigido los piratas veinte talentos por su rescate. «No es bastante, les contestó; os daré cincuenta, pero en seguida os mandaré ahorcar á todos.» Y les cumplió su palabra. Llegado de Mileto su rescate, reunió algunos barcos, persiguió á los piratas, les dió caza, y los crucificó, á pesar del gobernador de la provincia.

De regreso en Roma acusó al silano Dolabela por sus concusiones en su gobierno de Macedonia, y después á Antonio Hibrida, uno de los tenientes del dictador que había entrado al pillaje muchas ciudades griegas. Estas ruidosas causas eran un medio muy eficaz para darse á conocer un joven; mas por la elección de sus víctimas, robustecía César sus opiniones populares. Algún tiempo después, cuando estaba estudiando en Rodas, supo que Mitridates

(1) Cicerón, *ad Fam.* VIII, 15. Llevaba en su anillo el sello de una Venus armada, doble emblema de las debilidades y de la gloria de aquel grande hombre (Chateaub. *Itinéraire*). El museo Borbónico de Nápoles tiene un busto colosal de César que pasa por auténtico. Han conservado sus rasgos otros bustos, estatuas, monedas y piedras preciosas: por desgracia ninguna de estas imágenes se parecen. Cicerón dice de él: *Forma magnifica et generosa quodam modo (Brut. 75).*

(2) En la formación de los hombres superiores, la naturaleza hace las tres cuartas partes, y la educación lo demás. Nótese que César tuvo por maestro de filosofía y de elocuencia al gallo Gniphon. (Suet., *de Grammaticis* 7.)

(3) *Usum enim lato clavo ad manus fimbriato, nec ut unquam aliter quam super eum cingeretur* (Suet. *Ces.* 43).

(4) Cabeza de Cicerón en una moneda de bronce acuñada en Magnesia de Lidia con esta leyenda: ΜΑΡΚΟΣ ΤΥΡΑΛΙΟΣ ΚΙΚΕΡΩΝ (Marco Tulio Cicerón). Es posible que esta moneda nos haya conservado el retrato auténtico del orador latino (Mionnet, *Descrip.* t. IV, *Lidia*, n.º 385, p. 71.)

atacaba á los aliados de la república. Luego al punto pasó al continente, reunió tropas y batió muchos destacamentos del ejército pónico reteniendo á las ciudades en la alianza romana. Y todo esto sin título ni misión. Sila, á cuya despótica voluntad se había resistido César resuelta y dignamente, negándose á repudiar á la hija de Cinna, su esposa (5); Sila lo había comprendido mejor. «Temed, decía á los nobles, temed á ese joven elegante, de flotante toga (6).» El elegante libertino ocultaba, en efecto, una grande ambición, porque sentía su genio y veía los males de la república, la ineficacia del remedio imaginado por Sila, y la absoluta incapacidad de sus herederos. Sus amigos aseguraban haberlo visto llorar delante de la estatua de Alejandro repitiendo: «A mi edad había conquistado ya el mundo, y yo aun no he hecho nada.»

Había hecho más de lo que quería decir (7). Ya temía el senado al sobrino de Mario y de aquel Aurelio Cota que le había quitado los tribunales de justicia, al orador popular que había provocado la vuelta de los amigos de Lépidio, al pródigo que eclipsaba á toda la nobleza con sus magnificencias. Craso, cónsul y triunfador, veía en él un rival (8), Pompeyo un amigo necesario, y el pueblo lo amaba, el pueblo á quien cortejaba sin bajeza y manejaba contentiendo sus malas pasiones, como á los fogosos caballos que gustaba de domar en el Campo de Marte.

Los grandes esperaban que arruinado con sus dilapidaciones, dejara de ser temible, no pudiendo comprar los cargos; pero olvidaba que el pueblo le hubiera acaso dado á César lo que vendía á otros. Los usureros, por otra parte, con su instinto sutil y rapaz, habían adivinado el porvenir del joven pródigo, y ninguno de ellos negaba nada al que un día había de tener tanto que dar. Antes de haber ejercido ningún cargo, debía ya mil trescientos talentos (9).

Cuando Pompeyo volvió de España, hubo de encontrar á César en posesión de tal crédito, que debió contar con él. Había pensado hacer de él un instrumento, y al contrario, él mismo lo fué de César; á lo menos cayó bajo el en-

(5) Según Plutarco (*Ces.* 1), Sila confiscó la dote de Cornelia. Pompeyo y Pisón habían sido menos rebeldes á la voluntad del dictador.

(6) Suet. (*J. Ces.* 45): *Ut male praevinctum puerum caverent.* No garantizo la autenticidad de estas palabras de Sila más que las que se le atribuyen en otro lugar de este tomo. Unas y otras se escribieron después del encubramiento de César.

(7) He aquí la cronología de la historia de César hasta el consulado: el 12 de julio del año 100, ó 102, su nacimiento; 87, flamin dial por influencia de Mario; 83, se casa con Cornelia, hija de Cinna; 81, sirve á los órdenes de Minucio Termo, en el sitio de Mitilene; 80, merece por su valor una corona cívica; 78, sirve en Cilicia á las órdenes de P. Sulpicio y vuelve á Roma al saber la muerte de Sila; 77, acusa de concusión á Dolabela; 76, acusa también á Antonio; 75, reside en Rodas oyendo las lecciones del retórico Molón; 74, recobra la dignidad de flamin y es elegido tribuno legionario por el pueblo, cargo que había ganado haciendo distribuciones de trigo; 70, su tío, Aurelio Cota, quita los juicios á los senadores, y él mismo hace llamar á los cómplices de Lépidio; 68, su cuestura; sigue al pretor Antistio á la España Citerior; 67, se casa con Pompeya, nieta del consular Pompeyo Rufo; sostiene la ley Gabinia en favor de Pompeyo y es encargado de vigilar las reparaciones de la vía Apia; 65, su edilidad curul; 64, *judex questionis de sicariis*; 63, es elegido pontífice máximo y pretor; 62, su pretura; 61, su gobierno en la España Ulterior; 60, su vuelta á Roma; 59, su consulado.

(8) César le disputaba una misión en Egipto, y lo hubiera vencido, si los grandes no hubieran suspendido el plebiscito con el veto de los tribunos.

(9) Plut. *Cesar*, 5. Acaso tenía menos deudas de lo que se dice. Sus préstamos eran un medio de ligar á su fortuna política á ciertos personajes influyentes. Con este propósito hubo de tomar prestado de Craso, de Pompeyo, de Atico. (Cic. *ad Att.* VI, 1; y Plutarco, *Ibid.*)

canto, oyó consejos disfrazados de elogios, y César contribuyó mucho á la determinación que separó á Pompeyo de la nobleza, donde estaba su verdadero lugar, para ponerlo á la cabeza del pueblo, donde su carácter no podía dejarlo mucho tiempo.

Era hábil hacer favorable al partido y al tribunal á un hombre que debía inevitablemente un día herir al pueblo y á los tribunos; y no menos lo era, después de haberlo comprometido con la aristocracia, alejarlo de ella más y más haciendo de modo que se le concedieran honores casi monárquicos. César apoyó con vivo empeño las proposiciones de Gabinio y de Manilio, y esta vez se encontró con Cicerón en el mismo terreno; pero con intenciones bien diferentes: el hombre nuevo no pensaba más que en ganar un patrono y votos para su próxima candidatura al consulado; el patricio popular veía con gusto cómo se habituaba el pueblo á conferir poderes que él mismo reclamaría acaso en adelante.

Sin embargo, había sobrada audacia en acumular tanto poder en manos de Pompeyo. ¿No era trabajar en darse un amo? Pero César, hase dicho, conocía bien á su rival: desde que vió las maneras reales de aquel héroe popular, dejó de creer en la duración de su popularidad. Pompeyo no tenía en su favor más que hechos militares, y victorias no le faltarán á César. Este hará olvidar los triunfos de aquél con otros mayores, y le quedará la ventaja, inmensa en una república que perece, de saber dominar y conducir á aquella multitud del Foro, cuya soberanía nominal podía siempre cambiar un hombre hábil en soberanía real.

Se ha insistido sobre estos pacientes cálculos y exagerado su profunda sutileza. Si Pompeyo hubiera sido capaz de un acto de virilidad, todo este artificio de ambición se habría venido abajo, porque en los comienzos de su vida, César siguió los acontecimientos, no los dominó; á lo más les ayudó á tomar la vía que ellos tomaban de suyo. Mandó en el porvenir de la única manera con que el hombre puede obligar al porvenir á servir sus miras, presintiendo con clara inteligencia del presente hacia qué fin lejano avanza la sociedad. Suetonio cita esta frase de Cicerón: «Desde su edilidad pensó en el imperio, y lo creyó seguro cuando llegó á ser cónsul.» Pero esta frase es una de las muchas de Cicerón, que sabía hacerlas muy sonoras. César no pensó en tal dictadura en su juventud. Su nacimiento lo había colocado en el partido popular, el que quería reformas, y en él permaneció sin desviarse jamás: cónsul, comenzó estas reformas necesarias; dictador, las continuó llevándolas más lejos, y el imperio nació de la guerra civil.

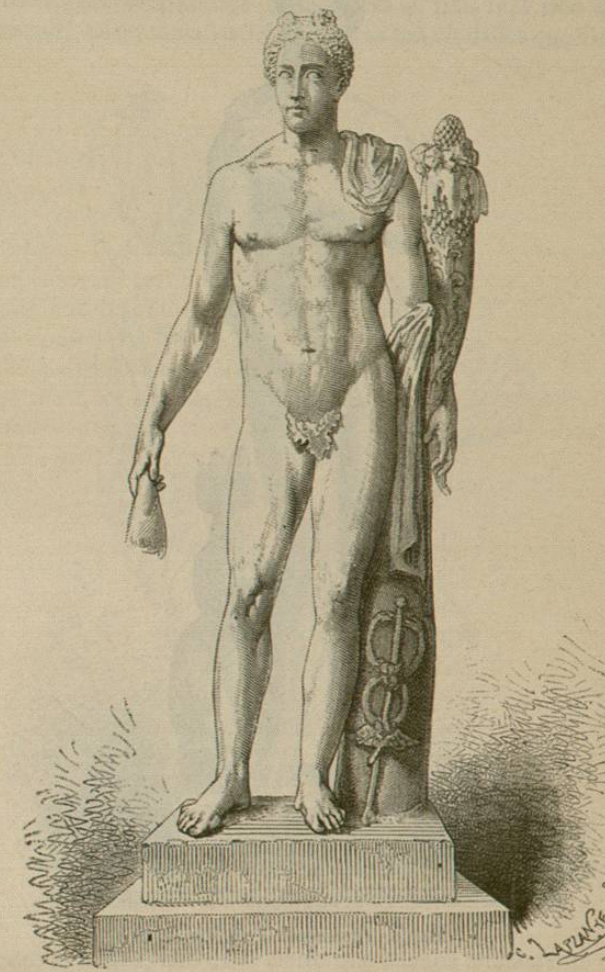
Pero todos los planes para el presente y el porvenir, los de César y de Pompeyo, como los del senado y de los tribunos, estuvieron á punto de fracasar por una conjuración salida de las sentinas más impuras de la república.

II.—CATILINA (65-62).

Creía Sila haber hecho de sus veteranos labradores pacíficos y de sus sicarios enriquecidos honrados ciudadanos. Pero aquellos perezosos soldados hicieron trabajar por su cuenta y luego vendieron sus tierras y conservaron sólo sus espadas con la esperanza de otra guerra civil y de nuevos pillajes. Menos tiempo habían necesitado aún sus antiguos jefes para disipar el oro de los proscritos. Las clases ricas ó acomodadas vieron con espanto por debajo de ellas, no ya á los pobres de Roma, populacho ocioso, resignado ya á sus privaciones y sin pedir para vivir en reposo más que algunos modios de trigo, sino otro populacho que tenía el gusto y la necesidad de los excesos, hombres de mirada si-

niestra y de mano pronta, enemigos del orden y de la sociedad, cualquiera que fuese el gobierno, los cuales vivían de mil industrias criminales. Y todos los días iba en aumento esta turba amenazadora.

Durante mucho tiempo no salieron de ella más que crimenes individuales; pero vino luego un hombre que, de esta clase en guerra con la sociedad, quiso hacerse un arma para su elevación. Catilina tenía todas las cualidades de un jefe de partido: origen ilustre (1), aire noble, cuerpo de hierro, que soportaba todos los excesos, grandes talentos, audacia y valor sin límites y en caso de necesidad toda la templanza del más rudo soldado. Liberal, oficioso, deferen-



Manilio representando á Mercurio (2)

te, sabía ser austero, grave ó jovial, según el carácter y hasta la edad de las personas cuya voluntad pretendía ganarse. Dispuesto siempre á servir á sus amigos con su dinero, con su crédito y con su persona, sin omitir para ello fatigas ni aun el crimen, ejercía en torno de sí, dentro de esta esfera de perversión moral, irresistible ascendente (3). Dos siglos antes, hubiera sido Catilina un gran ciudadano, pero el estado social y las costumbres de la nueva Roma,

(1) La casa Sergia era patricia y había dado su nombre á una de las tribus.

(2) Esta estatua, como la Manilia representando á Venus, se encontró en el sepulcro del cónsul Manilio, en la vía Apia. Las dos se conservan en el museo del Vaticano.

(3) Es á lo menos la semblanza que Cicerón traza de él en su oración *pro Celio* y en la segunda *Catilinaria*. Sin embargo, estuvo un momento ligado con él: *Me ipsum, me inquam, quondam pene ille decipit.* Catilina se distinguió en el ejército de Curión en Macedonia, y cuando tuvo la edad, ejerció la pretura.